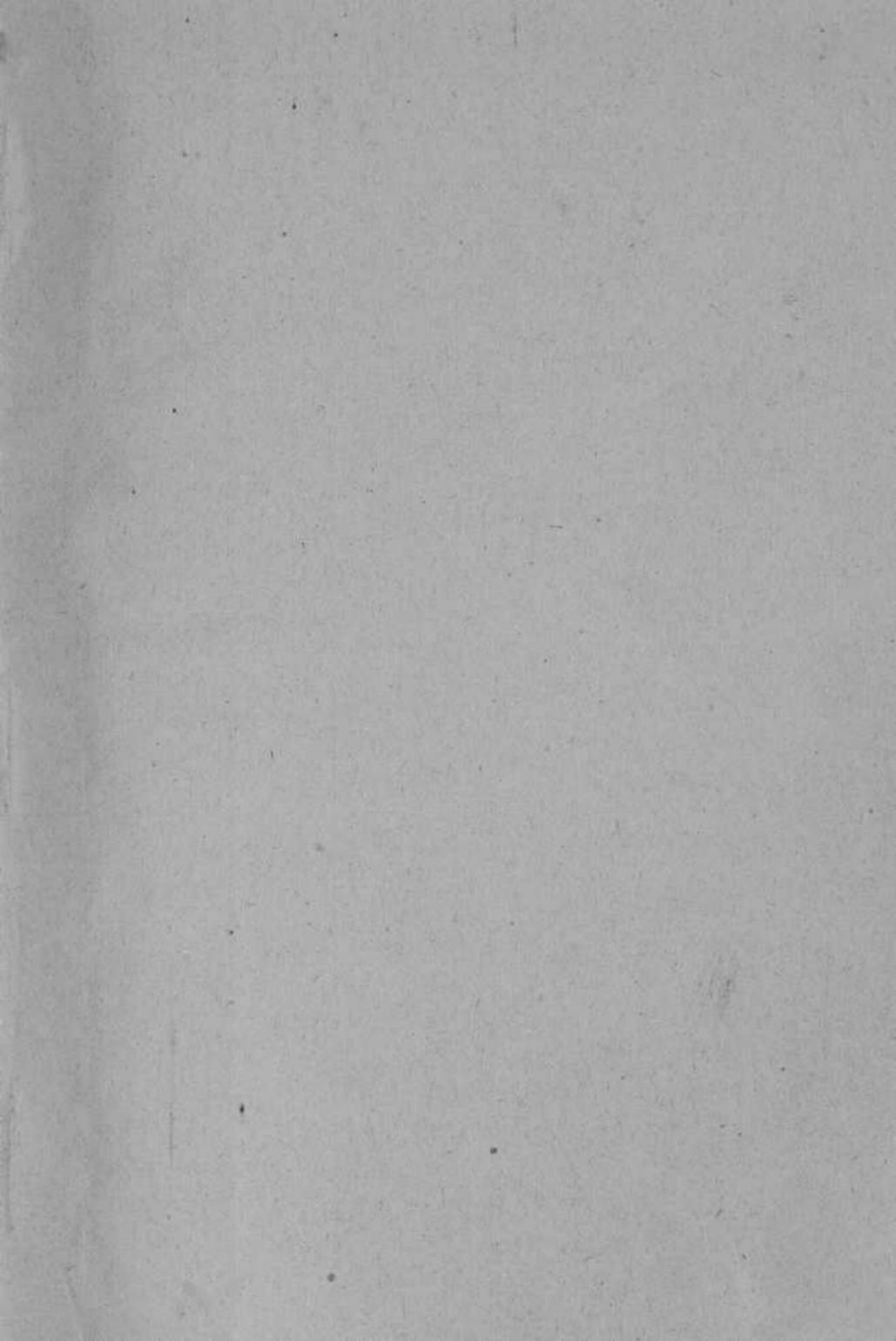


19
f.

DISCURSO TERESIANO











DISCURSO TERESIANO

PRONUNCIADO EN AVILA

POR

D. A. MAURA Y MONTANER

—
(II marzo 1923)
—

MADRID

Tipografía de la «Revista de Archivos»

Olózaga, núm. 1

1923

DISCURSO TERESIANO

PRONUNCIADO EN AVILA

POR

D. A. MAURA Y MONTANER

—
(11 marzo 1923)
—

MADRID

Tipografía de la «Revista de Archivos»

Olózaga, núm. 1

1923

Señora, señores: declaro con toda sinceridad que me hallé muy honrado y muy complacido por la invitación para esta solemnidad. Habría sido simpática por sólo su objeto y tenía para mí otro atractivo por ser en Avila; porque no sé acercarme a las murallas de esta ciudad sin que surjan recuerdos que sus gloriosos y auténticos monumentos parecen convertir en realidad actual. Se ha realzado con la asistencia de S. A. la infanta Isabel, para quien todo español tiene en el corazón un cariño respetuoso, porque ha visto en ella, así en los días prósperos como en los adversos, la personificación intachable del patriotismo, y porque su tacto y su exquisita discreción sellaron siempre las prendas cristianas y señoriles que pueden más enaltecer a una princesa española. (*Aplausos.*)

Yo no había de renunciar al honor de asociarme a este acto, aunque no sea más que con cuatro pobres palabras. No serán sino las precisas para explicar por qué, no de pura fórmula, por qué razonadamente felicito a los organizadores del certamen, a los de la conmemoración y a cuantos han contribuído a ellos; creo que esto

era una obligación, y que no haberla cumplido denotaría inconsciencia lastimosa o reprehensible ingratitude.

No pienso al decir esto en la natural ufanía, en el legítimo orgullo de la ciudad de Avila, que junta a tantos blasones que están grabados, no en la Historia, sino en la carne misma de Castilla, el lauro de ser la cuna de Teresa de Jesús. Pienso más allá de las murallas que nos circundan, y ni aun me contento con la gloria, el homenaje, el rendimiento que a Teresa deben cuantos aman, conocen y paladean las letras españolas; a aquella escritora cuya ingenua espontaneidad supera a cuanto pueda pretender con el mayor refinamiento el ingenio más exquisito. Pertenece esto a los que conocen la lengua española y sienten con nosotros, aun los que no posean erudición; mas la veneración a la Santa se extiende fuera de nuestras fronteras. Ni en lo uno ni en lo otro me voy a detener porque deseo emplear los instantes de vuestra atención en convidaros a razonar conmigo sobre otro aspecto de la deuda de gratitud que tenemos con Santa Teresa, que es un aspecto quizá menos ostensible y en todo caso más propio de mi discutir profano.

Traemos todos cuando nacemos dos señales indelebles y contrapuestas. En medio de las magnificencias de la creación, nos sentimos dignificados y como glorificados por esta alma que en nosotros alienta, hecha a imagen de Dios. Sabemos que de nuestro albedrío pende siempre la opción entre el merecimiento y la culpa; delante de nuestra

voluntad vemos abiertos, sin límite conocido, horizontes para caminar hacia la perfección. ¡ Cuánta grandeza! ; pero, al mismo tiempo, cuánta flaqueza. cuánto desvalimiento, cuánta impotencia! Las necesidades y los trabajos nos acosan, y la inmensa mayoría de los mortales, ¿ qué inmensa mayoría?, casi todos consumen sus días y sus fuerzas sin conseguir otra cosa que la afanosa prolongación de una vida desdichada. El pensamiento se abisma cuando considera adónde habría ido a parar la Humanidad si en el curso de los siglos no hubiesen surgido de ella las grandes personalidades, en quienes parece que se conserva y se da testimonio de aquella excelencia espiritual de que os hablaba ahora. Forman una nervadura de la colectividad anónima, la impulsan, la dignifican, la alientan, la hacen marchar y derraman sobre ella numerosos, incontables, inefables beneficios. Unos son caudillos prestigiosos, bajo cuya potente diestra los pueblos se remueven, los pueblos luchan, recorren los territorios, contrastan las aptitudes de las razas y adoban unas civilizaciones con los vestigios de otras; empresas que serían locuras para acometidas sin el impulso y dirección de aquella mano rectora. Otros, dotados de gran poderío mental, filosofan, calculan o investigan; descubren y exploran la redondez y las entrañas mismas de la Tierra, escrutan el inmenso firmamento y penetran en los arcanos de la Naturaleza hasta conocer sus leyes y uncir al carro sus energías formidables. Al lado de ellos trabajan innumerables traductores, divulgadores, comenta-

dores, que dilatan y aplican la obra maestra de los genios. Otros, heridos por la luz divina, con obras artísticas y literarias apagan la sed de belleza que siente el alma humana, como nostalgia de su destierro. Y otros, con la firmeza de su fe, que llega al martirio; con la llama de su caridad, que no tiene límite; con el ejemplo de su austeridad, con las luces de la doctrina, forman la cohorte de los mártires, de los confesores, de los santos, de los doctores. A todos ellos debemos inmensa gratitud. Pero hay una diferencia, y es lo que yo deseo explicar tal como lo veo; a ese punto es al que deseo que llevéis un instante vuestras reflexiones.

No sólo el vulgo, no sólo la gente intonsa y sencilla, sino también las personas de más que mediana cultura, digamos casi todos, recibimos nuestro lote en la herencia de la civilización, que es la obra de todos al correr de los siglos, y lo recibimos estando ella de tal manera compenetrada, tejida, fundida, que nadie sabe ya, a propósito de cualquier bien en que ponga un instante la consideración, quién fué el conquistador, quién el investigador, quién el filósofo, quién el físico, quién el astrónomo, quién el genio a quien ha de agradecerlo concretamente; porque en el curso de los siglos, millares de vidas han dado de sí esta civilización, en cuyo acervo la paternidad de los orígenes se confunde, y no sería posible, no bastarían todos los del año, conmemorar los días de centenario de todos aquellos a quienes debemos agradecimiento.

Pero la vida moral se cumple de otro modo, tiene otra órbita. Su nota primordial consiste en una indestructible individualidad. Cada uno, porque es libre, porque tiene la prerrogativa preciosa del dominio de su libertad moral, ha de responder de su conducta propia. Claro, que en la medida proporcional; las vidas son disconformes y con la diversidad de ellas se corresponderá el juicio de residencia; que no se hará a nadie cargo sino de los talentos que manejó. Recordad el calibrador bíblico del ojo de la aguja, prevenido para que pasen por él los que transitan por la vida en el camello de la opulencia. Pero, al cabo, no hay ni pordioseros, ni desdichados, ni ignorantes que se eximan, pues que conservan toda la dignificadora libertad de los hombres. Desde que nacen hasta que mueren, tienen que aplicar la ley moral. Se simplifica para los desheredados; pero también son menores sus luces y sus energías e incentivos para perservar; también son mayores las asperezas del dolor. Y si todos han de cumplir una ley moral, si no hay un instante en que no sea libre la opción entre cumplirla o violarla, la ley moral ha de estar presente en los espíritus. ¿Y cómo está presente?

Ya sé, ya sé que hay quienes hablan de justificar su presencia por vía especulativa sobre fundamentos de razón. No es hora de discutirlo, ni de mostrar cómo lo frustraría todo, al cabo, la contradicción de las lucubraciones. Pero, en último caso, bien comprobado está con la experiencia que la vida aun del hombre más apto da poco tiempo para llegar a construir el edificio; lo cual significa que

cuando lo está construyendo no la tiene, y cuando la halla, no hay ocasión ya para aplicarla. (*Aplausos.*)

No sin causa la ley moral estuvo siempre no unida, sino implicada en las creencias, caldeada por los afectos religiosos, que son los más hondos del alma y sancionada de modo sobrenatural. Aun así, aun hallándola establecida y santificada al abrir los ojos a la vida, ¡cuántas dificultades para aplicarla y seguirla, para gobernar según ella una voluntad a toda hora sonsacada por las pasiones y los intereses! Los que creemos contamos con la asistencia de la gracia divina; mas quienes no la conozcan tendrán que confesar que cuanto más entregada esté a sí misma el alma en la porfía, más precisos le son los auxilios. Esos auxilios le vienen de aquellos que antes he nombrado, de aquellos que dieron luces con la doctrina, que infundieron paciencia con el sufrimiento, que, sobre todo, nos comunicaron el aliento poderosísimo y eficaz del ejemplo. Por ellos se explana, desenvuelve y casi se materializa a los ojos de las gentes, que no pueden construirla por propio discurso, la norma de su conducta en los trances árdulos y diversos de la vida, en los momentos en que la voluntad se enzarza entre solicitaciones y dudas. Algo hay, algo hay siempre en los repliegues de su conciencia y de su fe que le da resuelto el problema y que le indica concretamente la solución.

Llégame esta luz confortadora directamente a cada uno y para su problema individual. Resulta una relación no sólo mental, sino afectiva; con

ese ejemplo, con esa advertencia que viene de una figura gloriosa y venerada que la Iglesia ha colocado en los altares, se establece un apego del corazón, un rendimiento de la voluntad; comunicaciones y sentimientos personales. No reconocerlo u olvidarlo tiene un solo nombre: ingratitude. (*Muchos aplausos.*)

Pues si aplicamos esto a Teresa de Jesús, si concretamente traemos estas indicaciones levísimas, generales, a lo que nos ha congregado hoy; es decir, el origen de esta convocatoria, nos quedamos vacilantes en la duda de cuál sea el auxilio más eficaz que le debemos: si es el ejemplo de su vida o es su doctorado.

El ejemplo de su vida... Pero, ¿quién que traiga en el pensamiento algún propósito generoso o alguna noble aspiración vacilará porque estime que los medios de que dispone son escasos, si recuerda los medios de Santa Teresa, cuando era la pobre mujer obscura, al comenzar su obra, y los compara con la obra que dejó realizada? ¿Dónde estaban los medios? Pero la obra está ahí. ¿Quién en esa lucha interna se desalentará por flaquezas del cuerpo ni por ser precaria su salud? ¿Qué cuerpo más frágil, qué salud más precaria que la de Teresa? Y si el conato se interrumpe, y viene la duda, y la vacilación, y la recaída, ¿quién no se acuerda de los lustros y de los decenios en que Teresa de Jesús perseveró, sin rendirse al desánimo, hasta conseguir entregarse de lleno a su vocación? Y si es que parecen incompatibles la entereza y la humildad, no hay un paso en la vida de

Teresa que no sea una lección decisiva ; pero no tan solamente al fin de sus días, sino en sus comienzos. Recordad el trance de Pastrana con la voluntariosa y prepotente Princesa de Evoli, cuando la vida de la monja, que la había escrito por obediencia, era objeto de chacota en el tinelo de aquel palacio, cuando era ella aún una monja desconocida. Fué su voluntad la voluntad de los justos, que tienen una energía indomable, pero una apacible suavidad y blandura. Tan blanda como la flaqueza ; más firme que la fiereza ; todo en un solo cuerpo. Así fué la vida entera de Santa Teresa. En cuanto hizo se mostró ; porque Santa Teresa es una voluntad que lo puede todo porque quiere bien y no quiere más que el bien. Una voluntad que levantó su figura ingente donde no había pedestal, y la levantó hasta la estatura con que la vemos y la adoramos, sin más elementos que su propio espíritu y la tenacidad de su adhesión al bien.

El doctorado... Claro es que la obra de Teresa de Jesús resulta extensa ; pero notadlo bien, en substancia no tiene más que un asunto, que está concentrado en la vida espiritual, en la vida interior. En eso se compendia lo que es esencia, resultante, síntesis y aliento vivo de la obra de Teresa : no hay ni muestra de cosa perdurable, contingente, terrenal ; es un estudio infatigable del alma ; un vuelo ascendente que no se cansa, que no se posa sino de uno en otro grado de oración, para pasar de una a otra morada. Derrama en la intimidad de las almas toda la luz de su inteligencia, todo el raudal de su doctrina. Pero sobre todo el

examen, el escrutinio sagacísimo en su propio espíritu; experiencia de todo lo que interesa para caminar a la perfección y seguir la huella divina. Y por esto, porque el corazón humano no ha variado ni variará, porque la conciencia humana es siempre la misma y porque la trayectoria hasta el bien ansiado no es más que una, las obras de Santa Teresa hoy son como serían si ayer hubieran salido de su pluma, y cuando hayan pasado siglos se podrá repetir lo que digo: la misma frescura, la misma actualidad, porque no hay en ellas nada que dependa de cosa percedera, sino de la relación directa del alma con Dios y la luz de Dios dentro del alma.

Que no aprovechemos del ejemplo y del doctorado, no digo que será culpa nuestra, porque el solo intento de aprovecharlo requiere un gran avance en la perfección. Lo que digo es que por nosotros se perderá lo que no fructifique, y que la medida de nuestro agradecimiento y nuestra obligación no consiste en el provecho que saquemos, sino en las luces y auxilios que ella nos dió. Y por esto, cuanto se hubiera hecho en homenaje y en recuerdo de Teresa de Jesús, aunque hubiera adquirido cien veces más esplendor e intensidad, me parecería siempre que quedaba por debajo de los merecimientos que ella tiene. (*Ovación, que dura largo rato.*)

examen el estudio sagrado en su propio es-
 piritu; experimenta de todo lo que interesa para es-
 timar a la perfección y seguir la huella divina. Y
 por esto porque el corazón humano no se va-
 ría en verdad porque la conciencia humana es
 siempre la misma y porque la trayectoria hasta el
 bien anseado no es una que sea las obras de Santa
 Teresa hoy son como serían si ayer hubieran sa-
 lido de su pluma, y cuando hayan pasado siglos se
 podrá repetir lo que dijo: la misma frescura, la
 misma actualidad, porque no hay en ellas nada que
 dependa de cosa perecedera, sino de la relación di-
 recta del alma con Dios y la luz de Dios dentro
 del alma.

que no equivocarse del ejemplo y del hecho.
 todo lo que sea tal y cual, porque el
 solo intento de equivocarse requiere un gran
 avance en la perfección. Lo que digo es que por
 nosotros se perdiera lo que no fructifique, y que la
 medida de nuestro agradecimiento y nuestra obli-
 gación no consista en el provecho que saquemos,
 sino en las luces y auxilios que ella nos da. Y por
 eso, cuando se hubiere hecho el homenaje y en re-
 cordo de Teresa de Jesús, aunque hubiera algún
 día con una sola palabra esplendor e intensidad, no
 parecerá faltar que quedará por debajo de los
 merecimientos que ella tiene. (Ocurrió que una

(copy case)
 ...
 ...
 ...







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	2149	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición. »
Tabla.....	3	Valoración actual.....	»

21

2149.